

Consejos
para educar
en valores de
Javier Urra

Cuento contigo para mejorar el mundo

J. R. Barat

Ilustraciones:
Inés Burgos



 Bruño



@ J. R. Barat

© Ilustraciones: Inés Burgos

© Grupo Editorial Bruño, S. L., 2021
Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid

www.brunolibros.es

Dirección Editorial: Isabel Carril
Coordinación Editorial: Begoña Lozano
Edición: Carmina Pérez
Diseño: Gerardo Domínguez
Preimpresión: Pablo Pozuelo

ISBN: 978-84-696-2851-5

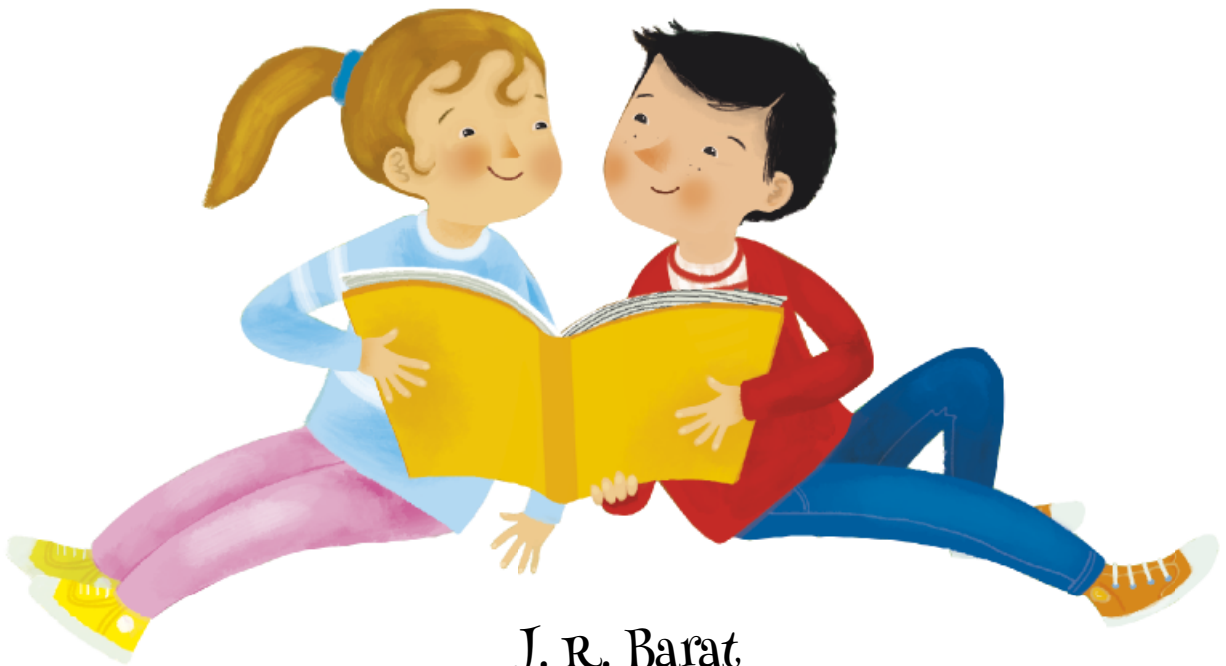
Depósito legal: M-133-2021

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas,
sin el permiso escrito de los titulares del *copyright*,
la reproducción o la transmisión total o parcial de esta obra
por cualquier procedimiento mecánico o electrónico,
incluyendo la reprografía y el tratamiento informático
y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.



Cuento contigo

para mejorar
el mundo



J. R. Barat

Ilustraciones: Inés Burgos

 Bruño



Índice

- 11 Tarta de manzana (La sinceridad)
- 23 Dónuts de chocolate (La generosidad)
- 33 El lago de los cisnes (La lealtad)
- 45 Carbón (La bondad)
- 55 La pequeña Siham (La ternura)
- 65 El helicóptero rojo (La nobleza)
- 75 La granja (La responsabilidad)
- 87 Patinaje (La disciplina)
- 102 En familia (Consejos para educar en valores a tus peques)

LA SINCERIDAD



Tarta de manzana





Ana ha ido a pasar la tarde a casa de su tía Rosario. Ambas se entienden a las mil maravillas. Hacen las tareas del cole, juegan al parchís y ven juntas la tele.

—Esta tarde vamos a hacer una gran tarta de manzana –propone la tía.

Ana se vuelve loca de alegría. Le encantan las tardes en plan pastelero.

Lo primero es la indumentaria. Ambas se ponen delantales de colores. Luego colocan sobre la mesa todos los ingredientes que necesitan: moldes, rodillos, platos, huevos, manzanas, harina, aceite...

—¡Vaya! –exclama la tía–. ¡No tenemos azúcar! Voy a pedirle un poco a la vecina. Mientras tanto, ve batiendo un par de huevos.





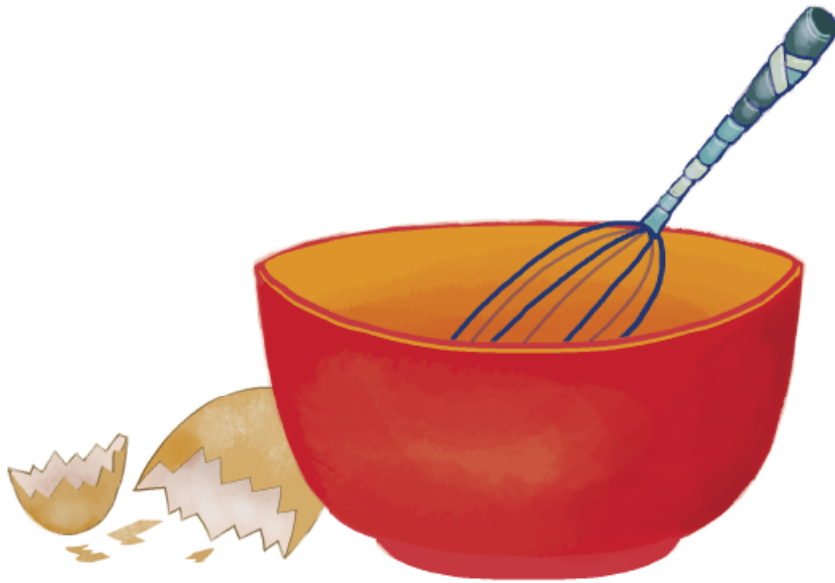
Ana se queda sola y coge dos huevos de la huevera. Con los nervios, se le resbalan de las manos y se caen al suelo. ¡¡¡Cataplaf!!!

La niña los contempla espantada. Se queda bloqueada, sin saber qué hacer. Coge el rollo de papel que hay sobre el banco de la cocina y se pone a limpiar los huevos espachurrados en el suelo. Luego coge con cuidado otros dos y los bate.

—¡El azúcar! —exclama Rosario entrando por la puerta de la cocina.

Ana disimula. No quiere que su tía se entere de lo que ha sucedido.

—Ah, veo que ya has batido los huevos. ¿Todo bien, cariño?





Ana se pone roja de vergüenza, pero intenta fingir naturalidad.

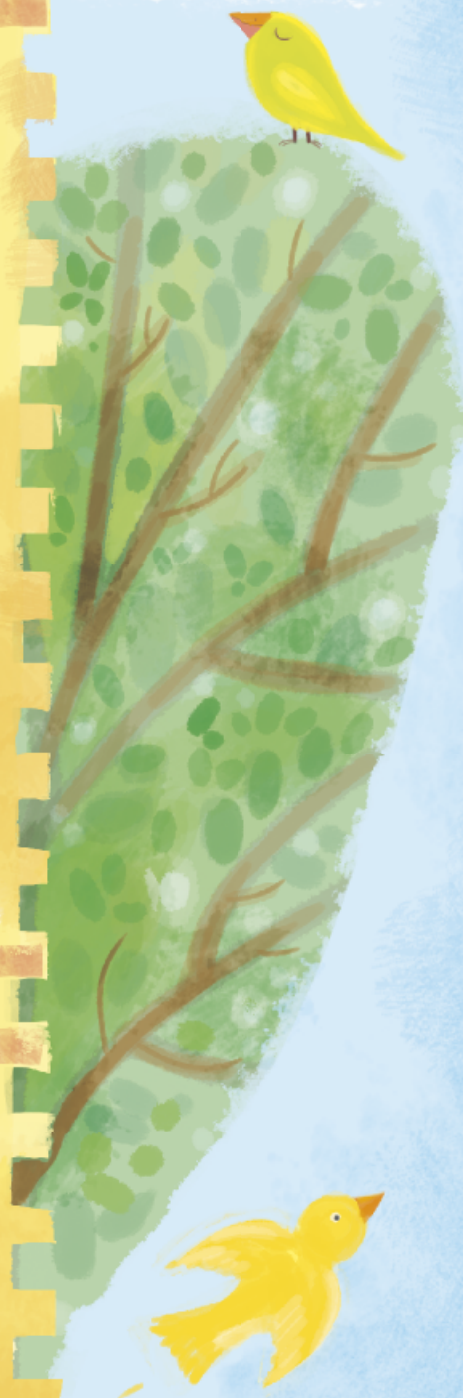
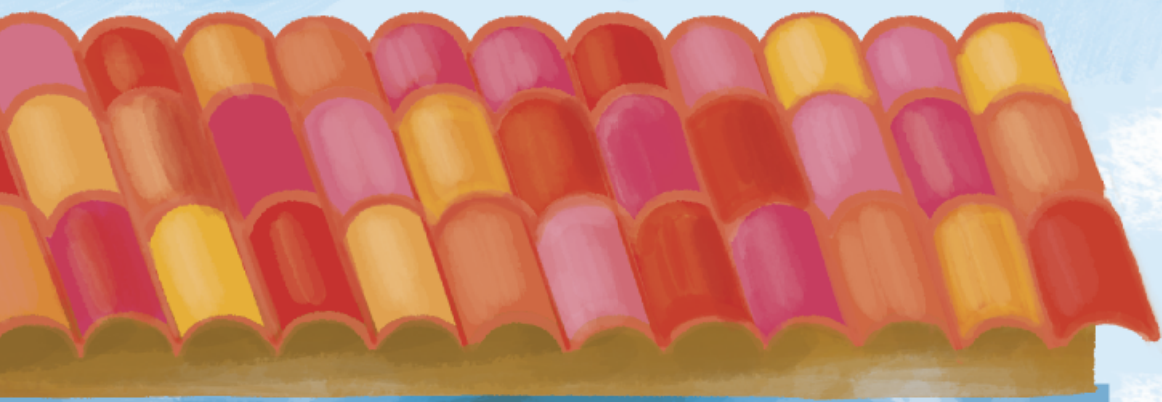
—¡Eres una gran cocinera! —exclama Rosario abriendo la bolsa del azúcar.

La sonrisa de la tía es luminosa. La de Ana, forzada. Tiene un nudo en el estómago. Piensa que ha hecho algo malo y que debería confesar lo ocurrido, pero no acaba de decidirse.

—¡Nos vamos a chupar los dedos! —dice la tía, feliz—. ¡Venga, vamos a pelar las manzanas!

Ana no puede evitar que se le escape una lagrimita. Se limpia los ojos con la mano. Le gustaría expulsar toda aquella cosa oscura que roe su alma.





—¿Qué ocurre? —le pregunta Rosario, sin dejar de sonreír.

Ana alza los ojos y se queda mirándola con expresión desolada. No puede ocultar la verdad. Para limpiar su corazón, debe confesar.

—Es que...

La tía parpadea al contemplar la tristeza que hay en la cara de la niña.

—¿Te encuentras bien, cariño?

Ana traga saliva. Está amarga.

—Tía... —la niña titubea; no sabe cómo seguir—. Es que..., es que...

Ana se queda callada.

—¿Qué ocurre, amor mío?

—Es que... cuando has salido... he roto dos huevos... Mira...

Y abre el cubo de la basura, para que su tía vea el papel arrugado y manchurreado de yemas, claras y cáscaras rotas.





Rosario le pasa una mano por la cabeza con ternura.

—¡No pasa nada, cariño! Seguro que nos sale una tarta estupenda.

La niña se limpia las lágrimas con una servilleta de papel, mientras su tía sigue hablando de su niñez, y de su madre, la abuela de Ana, que fue quien le enseñó a hacer aquellas tartas tan sabrosas.

Las dos preparan el pastel sin dejar de cantar y bromear. La tarde transcurre plácidamente. Cuando llegan los padres de Ana para recogerla, prueban la tarta.

—¡Qué rica está! –exclama papá con glotonería.

—¡Nunca he probado un dulce tan bueno! –añade mamá.

Rosario sonríe, orgullosa de su sobrina.

Ana se siente feliz. No solo porque se está convirtiendo en una gran pastelera, sino también, y sobre todo, porque ha sido sincera con su tía, a la que quiere con toda su alma.

